

Carta

Guillermo Rodríguez Rivera

Ciudad de La Habana, 25 de junio de 2002

Querida Annabelle:

Tú sabes cómo he sentido la muerte de Jesús desde que la supe. Es una amistad de casi cuarenta años que resistió las circunstancias más adversas y diversas.

Conocí a Jesús Díaz cuando fue mi profesor de filosofía marxista en la Escuela de Letras de la Universidad de la Habana, allá por 1964. Las cercanías de nuestras edades y de nuestros intereses hizo que pronto el contacto entre profesor y alumno fuera amistad, y cuando al año siguiente, Jesús pasó a dirigir la página de asuntos culturales del diario *Juventud Rebelde*, me pidió colaboración casi inmediatamente. Ese mismo año ganó un concurso de cuentos con uno que fue entonces polémico, como anunciando el signo que ya iba a tener siempre Jesús en nuestra cultura.

En febrero de 1966 ya no fue un único cuento sino un libro suyo, el que ganó el Premio Casa de las Américas. *Los años duros* se convirtió en la piedra fundacional de una nueva tendencia en la cuentística cubana: la de la épica de los años iniciales de la Revolución Cubana, que pronto acogería títulos como *Condenados de Condado*, de Norberto Fuentes, y *La guerra tuvo seis nombres* y *Los pasos en la hierba*, de Eduardo Heras León. Como ves, lo fue también de una manera diferente de narrar. Sin ese primer libro no se explicaría la primera novela de Jesús: *Las iniciales de la tierra*, que necesitó —acaso para su bien—, más de diez años de espera para ser editada.

Todavía en Cuba Jesús escribió otra novela, acaso la más perfecta de todas las suyas, *Las palabras perdidas*. La llevaba completamente escrita cuando se fue en 1991 a Alemania, a una suerte de beca literaria de la que ya no regresaría.

Las palabras... eran el espíritu, aunque no fueran exactamente la letra, de la principal aventura literaria que corrimos juntos: la de la fundación y edición por casi dos años del mensual cultural *El Caimán Barbudo*, del que me convertí en jefe de redacción mientras Jesús lo dirigía. Allí, en la revista y en la novela, nos acompañaría otro poeta, Luis Rogelio Noguerras, que ya sería el hermano hasta y más allá de su absurda muerte en julio de 1985, de la que nunca fuimos capaces de consolarnos.

En otros sitios Jesús y yo hemos recordado y debatido sobre aquellos grandes años del *Caimán* y los mucho más recientes de la revista *Encuentro* en la que, por obra de esa resistente amistad con Jesús, colaboré desde su primer número. No creo que sea preciso volver aquí sobre ninguno de los dos temas.

A *Encuentro* le debo la oportunidad de haber prolongado un poco mi amistad con Jesús después de su salida de Cuba y, además, el haber desarrollado la incipiente que nació entre tú y yo allá por 1994. Para mí, es muchísimo. Y ya es demasiado deberle a una revista.

Yo pienso que Jesús ha escrito algunos textos que son, por esencia, de todos los cubanos. Creo que los de la Isla tenemos el deber de preservarlos y difundirlos porque lo que deviene patrimonio cultural, pertenece al ámbito de lo que no se puede olvidar.

Yo tengo, por otra parte, el recuerdo que me tocará acarrear mientras dure mi vida. Siempre creí que viviría menos que Jesús y que Wichy. No ha sido así y me ha correspondido quedarme solo. No tienes idea de cómo les echo de menos. A ellos, y al tiempo en que trabajábamos y soñábamos juntos. Debes saber que, en cualquier caso, mi amistad por ti no cederá un ápice.

Un abrazo de

G.R.R.